

## PARTE SEXTA

ESTABLECIMIENTO DEL ESTADO MONASTICO EN  
SIRIASAN LUCIANO<sup>1</sup>

## Aones

Créese que Aónes, ó Eugenio, fué el primer solitario de Siria, y el que introdujo en ella el estado monástico; pero está suficientemente probado, que ántes de su época hubo monasterios en la Mesopotamia, que en la geografiá antigua formaba una sola provincia con la Siria. Es, por lo tanto, cierto que Eugenio es uno de los más antiguos, así como Gaddanes y Azizo, sus compañeros, de los cuales tendremos ocasión de hablar en el curso de esta historia. Se sabe de Luciano, sacerdote de Antioquía, que sufrió el martirio en 312, y que abrazó la vida monástica ántes de ser agregado al clero de esta ciudad, lo cual confirma san Atanasio, que lo llama un *gran Asceta*. De lo cual se desprende que en el año 312 había monjes en Siria, y que no es preciso esforzarse mucho para encontrarlos en el año 300. Tillemont, que no concede mucha veracidad á las actas de santa Febronia, está de acuerdo con nosotros sobre este particular, cuando dice que en la persecución

(1) San Juan Crisóstomo, Sozomeno, los Bolandistas y Bulteau.

de Diocleciano había allí pocos monjes. Pero no tenemos otras pruebas para asegurar lo que se dice del monasterio del abad Marcelo en la vida del santo Mártir que acabamos de citar.

Comenzaremos, pues, este libro por la vida de san Luciano, y como es más conocido por su cualidad de sacerdote y mártir, que por la de monje y asceta, nos contentaremos con hacer notar con el autor de su vida, que practicó todas las austeridades de los monjes: pues no comía hasta las tres de la tarde, ayunando algunas veces semanas enteras, haciendo largas oraciones acompañadas de lágrimas, y ocupándose asiduamente en la lectura de los Libros santos, de los cuales adquirió un conocimiento tan grande, que hizo la revisión de la versión de los LXX, y publicó de ella una edición más correcta. Puede verse el resto de su vida en los Bolandistas, día 7 de enero; porque despues que fué ordenado sacerdote de la iglesia de Antioquía, no hay en su vida ningún acto que se refiera á la vida monástica.

Pero no podemos dispensarnos de exponer lo que dice san Juan Crisóstomo de este mártir en la homilía que hizo en su honor, y que se halla consignada en la *Colección de las actas de los mártires* de Ruinart. Es tan bella la traducción de esta homilía hecha á la lengua francesa por Maupertuy, que nos vamos á valer de ella.

« Ayer<sup>1</sup>, mis queridos hermanos, fué bautizado el Señor en agua, hoy su siervo es bautizado en sangre: ayer, al ser bautizado Jesucristo, se abrieron las puertas del cielo, hoy se cierran las del infierno al mártir Luciano. No os sorprenda por otra parte el oír llamar el martirio un bautismo: lo es en efecto, pues que en él derrama con abundancia sus dones el Espíritu Santo; son perdonados los

<sup>1</sup> San Juan Crisóstomo pronunció esta homilía al día siguiente de la Epifanía, en que se celebra la fiesta de este santo Mártir.

pecados, y es purificada el alma de una manera extraordinaria y maravillosa. ¿ No veis que así como el agua lava y limpia á los que reciben el bautismo, la sangre lava y purifica á los que sufren el martirio ? Esto es lo que sucedió al Santo cuya fiesta celebramos hoy. Pero ántes de hablar de su fin glorioso, es preciso que os descubra los artificios que empleó el demonio para ver de vencerle. Aperciéndose este espíritu de las tinieblas que el Santo despreciaba los tormentos que se le hacian sufrir, y que no podia ser quebrantada su constancia ni por el fuego de un horno abrasador, ni por el horror de un hediondo calabozo, ni por la vista de una rueda armada de cuchillas, ni cuando fué calumniado, ni cuando se le hizo rodar á una fosa profunda, ni cuando destrozaron sus carnes los dientes de las bestias feroces ; viéndole, digo, firme en todos estos ataques, buscaba otros suplicios que fuesen á la vez duraderos y dolorosos, porque sabe que los tormentos demasiado violentos embotan la sensibilidad y quitan pronto la vida ; miéntras que los más duraderos habituan el cuerpo al dolor, y hacen que éste sea menos agudo. Estudió, pues, la manera de hallar uno en que se juntasen la duración con la acerbidad, para que el alma del mártir, quebrantada por la violencia del suplicio, acabase por ser abatida por su larga duración, y perdiese el mérito de la constancia. Ved ahora los medios de que se valió. Expuso al santo sacerdote á todo el rigor y á todas las molestias del hambre. ¿ Es tan espantoso, me direis, este suplicio ? Preguntad á los que lo han sufrido, y os dirán que es la más horrible de todas las muertes. Dejaron, pues, largo tiempo al santo Mártir sin llevarle alimento, y cuando creyeron que se hallaria abatido por semejante privación, le presentaron las viandas ofrecidas á los ídolos. No dudaban que la grande necesidad que debia experimentar y la facilidad con que podria remediarla, le harian ceder

de su resolución : pues la presencia real de los objetos tiene más fuerza sobre nuestro espíritu, que la simple imagen que de ellos nos formamos. Por encantadora que sea una idea, puede con más ó ménos dificultad desprenderse de ella la imaginación ; pero si se presenta la realidad, y se presenta reiteradamente, concluirá por interesar el corazón, y vencer todas las repugnancias ».

« El santo Mártir, sin embargo, salió victorioso de un peligro tan grande, y lo que el diablo consideró como un medio eficacísimo para abatirle, fué lo que le llenió de ánimo y le dió la victoria : pues lejos de impresionarle la vista de estas viandas, cobró hacia ellas una invencible repugnancia, y un odio aún más implacable contra los ídolos y contra la idolatría. De la misma manera que la vista de un enemigo aumenta y engrandece el odio que se le profesa, así Luciano, cuanto más miraba aquellas ofrendas impuras y sacrílegas, tanto más aumentaba su horror á ellas. El hambre le solicitaba é impulsaba á llevar sus manos á aquellos manjares prohibidos : cerraba sus oídos á esta voz importuna, la hacia callar, y no escuchando más que la voz de Dios que le prohibia tocar á ellos, olvidaba su debilidad, y no sentia el hambre. Esta mesa profanada y este pan execrable que tenia ante sus ojos no hacian otra cosa que inflamar su deseo de acercarse á la mesa de Jesucristo, y de comer el pan celestial, con que el Espíritu Santo alimenta á las almas fieles. Este pensamiento le alentaba de tal manera, que decia, que se hallaba dispuesto á tolerar todos los tormentos imaginables ántes que tomar el más pequeño sustento de aquella mesa. Recordaba la conducta observada por los tres jóvenes hebreos, que, hallándose en una edad tierna, cautivos en una tierra extranjera, sin apoyo y en medio de una nación bárbara, observaron una conducta tan santa y sublime, que su fidelidad á la observancia de la ley les ha hecho objeto de admi-

ración en toda la tierra. Estas observaciones que se hacia el santo sacerdote le confirmaban más y más en su designio de permanecer fiel á Dios, mofándose al mismo tiempo de la impotencia del demonio, despreciando sus artificios, y desconcertando sus maquinaciones con su infatigable paciencia. »

Viendo este enemigo declarado de los hombres que nada conseguía con sus malas artes, y que no podía quebrantar el ánimo del Santo, le llamó segunda vez al tribunal de los jueces, procurando fatigarle con diversos interrogatorios, y hacerle sucumbir al rigor de los tormentos que seguían á cada uno de ellos. Pero á cada pregunta que se le dirigía, no respondía el Santo más que con estas palabras: soy cristiano. — ? De qué país sois? le preguntaban — Soy cristiano. — ¿ De qué profesión? — Soy cristiano — ¿ Cual es vuestra familia, quienes vuestros padres? — Soy cristiano. — Éstas eran las únicas armas de que se servía para librarse del demonio, para atacarle y para vencer. Aún cuando unía á las ciencias extranjeras la elocuencia de su país, no quiso valerse de este recurso, pues sabía que en semejante combate no es la elocuencia la que dá la victoria, sino la fé, y que el medio más seguro para vencer no es saber hablar bién, sino saber amar. Así es que decía, que la sola palabra, cristiano, bastaba para poner en fuga á toda el infierno.

Creerán algunos que esta respuesta del santo mártir era poco adecuada á las preguntas que se le hacían; yo creo, por el contrario, que, si se examina detenidamente, se vé que no podía responder con más sabiduría y justicia. Efectivamente, el que dice, soy cristiano, dice su país, su familia, sus padres, su profesión, todo, en una palabra, lo que es. ¿ Como así? Voy á explicarlo. Un cristiano no es, propiamente hablando, de ningún país: no tiene patria sobre la tierra, pues es ciudadano de la Jerusalem celes-

tial, *la cual*, como dice san Pablo, *es nuestro madre*<sup>1</sup>. La vida de un cristiano no debe limitarse á un ejercicio puramente terreno, pues *nuestra morada*, dice el mismo Apóstol, *está en los cielos*<sup>2</sup>. Los cristianos no tienen otros patrientes que los santos y los ciudadanos de la Jerusalem celestial, pues segun el mismo Doctor de las gentes, *no somos extranjeros ni advenedizos, sino que somos ciudadanos de los santos y domésticos de Dios*<sup>3</sup> ».

« Luciano, pues, respondió con la mayor propiedad á las preguntas que se le dirigieron: pues esta respuesta se extendía á todo lo que se le preguntaba: quién era, de qué país procedía, quiénes eran sus padres, cual la profesión que ejercía. Por último, esta palabra fué la postrera que pronunciaron sus labios; pues diciendo soy cristiano, espiró. »

« Fué degollado secretamente en la prisión por orden de Maximino, que, á causa del pueblo, no se atrevió á darle muerte públicamente. »

---

#### FLAVIANO Y DIODORO, MONJES O ASCETAS DE ALEJANDRIA, Y LA VENERABLE PUBLIA<sup>4</sup>.

Flaviano, que despues fué patriarca de Antioquía, y Diodoro, su discípulo y coadjutor en los trabajos apostólicos, profesaron en esta ciudad la vida monástica, y éste segundo juntamente con Cartero, formaron en ella al gran Doctor san Juan Crisóstomo.

<sup>1</sup> Galat. iv, 26.

<sup>2</sup> Philip. iii, 29.

<sup>3</sup> Ephes. iii, 19.

<sup>4</sup> San Juan Crisóstomo, Juliano el Apóstata, Facundo y Teodoreto.